

843
M.
PQ 2625
.E53
M38

Es propiedad.
Queda hecho el depósito
que marca la ley.



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de M. G. Hernández, Libertad, 16 dup.
TELÉFONO 934

CAPÍTULO PRIMERO

El día 15 de Diciembre de 1882 cantábase *Los Hugonotes* en la Ópera.

El espectáculo no ofrecía novedad, y dos abonados á butacas que se hallaban hacia el centro de la sala, en la fila cuarta, hablaban en voz baja, sin ocuparse de las *damas de honor*, que cantaban con indiferencia, aburridas, bajo los árboles pintarrajeados, el coro del segundo acto:

*Jeunes beautés, sous ce feuillage,
Qui vous présente un doux ombrage,
Braver le jour et la chaleur.*

Uno de ellos, el más viejo, merece que le retratemos, á pesar de que su figura ocupa lugar secundario en este drama. Era su rostro anguloso, como el de D. Quijote, curtido y lleno de hoyos, partido en dos por espeso bigote gris, fuerte como púa de erizo, de guías afiladas á fuerza de cosmético, y sombreaban su frente escasos mechones. Tan alto de estatura era que hubiera molestado á

sus vecinos de las butacas de detrás, á no tener el cuerpo delgadísimo... Cuando se levantó en el entreacto, parecía que andaba en zancos. Su aspecto, en fin, era casi ridículo, y, sin embargo, atraía por su aire de distinción.

Vestía con elegancia: su traje era correcto hasta en sus menores detalles.

Este personaje, lleno de vida aún, que aparentaba lo menos sesenta años, pero que podía muy bien no tener más de cincuenta, llevaba un nombre ilustre, que el estado de sus negocios no le permitía ostentar con brillo.

Le quedaba por todo haber una renta de 15.000 francos, intransferible y no embargable, que le pasaba un primo suyo, después de haber comprado, por favorecerle, los restos de sus bienes, que eran considerables.

El juego y las mujeres lo habían devorado todo.

No por eso dejaba de conservar su rango y sus amistades; no jugando ya, por imposibilidad, más que algunos luses, y sin arriesgarse, se contentaba con oír las hazañas de los demás, dando consejos, que su triste experiencia no hacía mejores.

Todos los jóvenes que frecuentan los círculos donde se juega, le conocían por el nombre de conde Pablo.

Este personaje casi célebre había encontrado medio, con sus 15.000 francos, de conservar su butaca de la Opera, un entresuelo en la calle de

Moscou y un antiguo criado de su país—el conde pertenecía á la mejor nobleza de Picardía,—que le permanecía fiel en la mala fortuna.

Se llamaba Domingo. Su cocina era sencillísima.

El amo almorzaba con una taza de caldo, y no comía nunca en su casa; el criado daba muestras, la mayor parte del año, de una sobriedad á toda prueba. Domingo adelgazaba en París, pero se reponía en el otoño, cuando su amo le llevaba á casa de algún amigo.

El resto del tiempo se alimentaba de... filosofía.

Nada tan curioso como los diálogos de estos dos seres, que se entendían á las mil maravillas con medias palabras, pues el conde no se expresaba más que por monosílabos ó frases cortas, tan ininteligibles para quien no poseyera una ciencia especial como la del legendario coronel de la caricatura.

El vecino de butaca del conde Pablo formaba con él un contraste marcadísimo.

Era un hombre que representaba treinta años, de una elegancia consumada, con el cutis moreno y los cabellos oscuros; ojos negros muy vivos, esbelto, y con bigote sedoso y largo, completamente rizado.

Sin embargo, llevaba en su fisonomía visibles muestras de una existencia borrascosa, y se podía leer en sus facciones fatigadas el cansancio de las noches perdidas, las inquietudes de perder di-

nero, la fiebre de las dos grandes pasiones de los hombres ociosos, que han causado tantos estragos en la fisonomía y en la bolsa del conde Pablo: las mujeres y el juego.

Este hombre, joven aún, se llamaba el marqués Horacio Félix Gaetano d'Avoise Saint-Aubin.

De su familia, una de las más antiguas de la isla de Francia, sólo quedaba él.

Los Serlon d'Avoise aparecen en la historia desde los siglos más remotos.

No eran duques como los Montmorency, ni príncipes como los Rohan; pero, desde Francisco I, poseían tantos títulos como un hidalgo español del tiempo de D. Pedro el Cruel.

Los Serlon eran barones de Barres, marqueses de Avesga, condes de Bréboeuf, y el notario de la familia gastaba media hoja de papel timbrado sólo para enumerar sus títulos.

Último retoño de esta raza, Gaetano d'Avoise había perdido los caracteres de fuerza que debieron hacer célebres á sus abuelos; pero poseía, en medio de sus defectos, de sus vicios si se quiere, una peligrosa cualidad: la seducción.

Era el tipo perfecto de esa raza afinada por la selección, elegante, graciosa, que es á los hombres lo que la pura sangre es á los caballos—y perdónesele la irreverencia de esta comparación en gracia á su exactitud.

Su padre y su madre murieron jóvenes, dejándole bajo la tutela de un primo soltero y vicioso,

que desde su mayor edad, para desembarazarse de una incómoda vigilancia, se había apresurado á rendirle cuentas, después de haber dejado en completa libertad á su pupilo desde su salida del colegio.

El patrimonio del único miembro de esta antigua casa de Avoise Saint-Aubin era entonces considerable, y se componía de montes, de tierras y de casas. La joya de esta fortuna era un castillo situado á alguna distancia de Corbeil, y que estaba valuado en cerca de millón y medio.

El marqués Horacio Gaetano d'Avoise había, pues, entrado en el mundo por dorada puerta. Por desgracia, desde su aparición en los salones aristocráticos, de los que su nombre y su título le abrían las puertas de par en par, tropezó con un preceptor cuyas lecciones debían serle más funestas que las complacencias de su tutor.

El conde Pablo, completamente arruinado ya, y devorando á la sazón las últimas migajas de su fortuna, reconocía en este neófito de la vida cualidades superiores; un ardor para el placer, que revelaba un temperamento de fuego; una indiferencia de pródigo, que le hacía sembrar el oro con profusión y le permitía arriesgar en una noche sumas fabulosas; un inalterable buen humor; un ingenio inagotable, que le servía para coquetear con todas las mujeres sin interesarse por ninguna, y en su admiración por su *alter ego*, que era más guapo, más rico, más alegre, más joven y

más indiferente, se apegó á él con la persistencia que siente un *dilettanti* maniaco por una orquesta de primer orden.

Si fué esto un placer para el conde Pablo, fué una desgracia para el heredero de los Avoise, que no necesitaba ser excitado, sino contenido.

El conde Pablo, sin mala intención por supuesto, fué para su discípulo un Mefistófeles nefasto.

Gozaba con las emociones de su alumno, y las sentía con vibraciones mucho más violentas que las del marqués. Perdía con Gaetano y ganaba con él, siguiendo con los ojos encandilados las variaciones del montón de oro de su amigo cuando tallaba una fuerte banca.

Si el oro se elevaba en pirámide, el pecho de este inválido del tapete verde se hinchaba como un globo; cuando el montón se aplastaba al nivel del paño, como un rumiante que se echa en un tupido prado de la Normandía, el conde Pablo sentía un sobresalto que afirmaba ser terrible, pero que en el fondo le divertía en extremo.

Al volver á su casa, no dejaba de decir á su fiel Domingo:

—El marquesito d'Avoise ha jugado una partida magnífica. Le veremos sin un real.

Pero lo decía marcando las palabras, lo que no impedía al antiguo criado entenderle perfectamente. Cuestión de costumbre.

Volviendo á la ópera, si los dos amigos no prestaban ninguna atención á las bellezas juveniles de

la corte de Margarita, y miraban con distracción á los grupos revoltosos y profanos que figuraban bañarse en el río, lo cual no dejaba de tener atractivo para los que lo contemplaban con los gemelos, era porque, desde hacía algún tiempo, las circunstancias eran graves, no para el conde Pablo, cuya situación era ya inalterable dentro de la medianía en que había caído, sino para el marqués, cuyo crédito estaba casi agotado.

Los montes, después de talados primorosamente, como un rebaño que se esquila, habían pasado á otras manos; poco á poco los cortijos y las casas habían seguido su ejemplo, y en el momento en que la Reina Margarita, dirigiéndose á las señoras de la corte y mostrándoles á Raul les decía...

—Si; un feliz himeneo, preparado por mí, deseo, señores, que conozcáis.

El marqués Horacio Félix Gaetano d'Avoise Saint-Aubin, á pesar de su nombre, de su título y de su larga lista de antepasados, no obstante su escudo de armas, donde aparecían las conchas de las Cruzadas, estaba reducido á expedientes, y no poseía más que su castillo de Seine et Marne, pero tan gravado de hipotecas, que su dueño no hubiese podido encontrar 50.000 francos prestados sobre ese resto soberbio de una riqueza gastada en diez años de locuras, y de la cual no quedaba nada.

El conde Pablo, que había seguido paso á paso

la decadencia creciente de su amigo, y que acababa de recibir sus últimas confidencias, sonrió á las palabras de la Reina y dijo en voz baja al marqués:

—Busca usted un remedio, y la suerte se lo indica.

—¿Qué hay que hacer?

—Casarse.

El marqués hizo un gesto significativo.

Tenía horror al matrimonio y á sus lazos, aunque los juzgase fáciles de aflojar, si no de romper.

Todo lo que podía parecerse de cerca ó de lejos á una traba de su libertad, á un deber cualquiera, le parecía odioso.

—Lo he pensado—replicó al cabo de un instante;—pero es duro.

El conde Pablo hizo una disertación, en frases cortadas, destinada á demostrar á su discípulo que no hacía bien en alarmarse y sustraerse á aquella necesidad; que las costumbres modernas han quitado á la vida de familia lo que antes tenía de íntima; que en la actualidad se pasa el tiempo en todas partes, menos en casa; que la costumbre autoriza el abandono del hogar; que los círculos, los baños de mar, los viajes, las carreras, proporcionan incesantes pretextos de ausencia y de libertad, y que, en suma, con un poco de habilidad, de diplomacia, de buenas formas y con mucho dinero, un marido puede considerarse

tan libre como un soltero; que lo importante era concertar un matrimonio, para hallar, como la Reina, bastante ventaja para recobrar de un golpe todo lo perdido, y llevar vida alegre; que con su nombre, su figura, su ingenio y su edad, nada era más fácil, constituyendo, por lo demás, el único remedio posible, en vista de que no quedaba otro.

El conde Pablo acabó por entusiasmarse hasta llegar á ser elocuente.

Además predicaba á un convertido.

Desde tiempo atrás, el marqués se hacía los mismos razonamientos, pero retrasando hasta su último límite la época de la realización de un proyecto que sólo admitía como una necesidad á la cual hubiera deseado poder sustraerse.

Lo que le preocupaba aún más era que, en aquella época, tenía él una intriga que halagaba á su corazón y que sería preciso romper.

Él, que nunca se había apegado á ninguna mujer y que las trataba con la más impertinente ligereza, á cualquier clase á que perteneciesen, desde el momento en que tenían la debilidad de amarlo, se sentía más impresionado de lo que hubiese querido por el encanto de su última conquista.

Sin embargo, había que tomar una resolución.

El peligro era inminente; los acreedores, aun guardando las formas, empezaban los trabajos de un sitio cuyas avanzadas eran visibles.

El señor de Anvoise tenía demasiado talento

para esperar la ruptura de hostilidades, y sabía muy bien que el hombre que cae demasiado bajo, se levanta difícilmente.

Cedió, pues, á las instancias del conde Pablo, y le dijo claramente:

—Tiene usted razón: voy á ocuparme en ello.

En aquel momento Raul rechazaba á Valentina, y, en un conjunto formidable, los gritos de venganza y de cólera, sostenidos por un crescendo de la orquesta, estallaban sobre la escena: uno de los palcos bajos del lado derecho se abrió, y dos señoras, acompañadas por un hombre de alta estatura, robusto y de fisonomía franca, fueron á sentarse junto á la balaustrada y echaron una mirada en torno de la escena y de la sala.

El conde Pablo tocó en el brazo á su compañero.

—Mire usted—dijo—es un aviso de la Providencia.

—¿Cómo?

—Ahí tiene usted su negocio, amigo mío.

—La señora de... ¿Cómo se llama?

—¡Savignat! No, ella no, sino la niña que la acompaña. Diez y nueve años, hija única, huérfana de padre.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por Mr. de Breynes.

—¿La ha pretendido?

—Rechazado absolutamente: el consejero que la dirige es vigilante y listo.

—¿No es un abogado?

—El señor Peyral. Uno de los más acreditados de París.

El marqués pensó interiormente que no valía él más que el vizconde de Breynes, rechazado por la heredera.

Eran tan jugadores el uno como el otro, estaban arruinados, y poseían por toda fortuna una detestable reputación.

El segundo acto acababa de terminar y el telón caía.

El marqués lanzó una mirada incendiaria al palco de la Savignat, tomó el brazo del conde y dijo:

—Vamos á dar una vuelta por el *foyer*.

CAPÍTULO II

El nombre de Savignat, que el conde Pablo acababa de pronunciar, y que era bien conocido del marqués de Avoise, tiene cierto perfume que hace presentir el origen de las damas que lo llevan.

El abogado que las acompaña es paisano suyo. Todos son de la Auvernia.

Un detalle indicará hasta qué punto están unidos.

Uno de los más hermosos hoteles de la plaza de Vendôme, de los que siguen al hotel del Rhin, tiene jardines que se extienden hacia la calle de Saint-Honoré y llegan á una preciosa finca situada en el fondo de los patios de una gran casa de alquiler, y tiene también un prado de césped con grandes árboles y dos ó tres macizos de flores.

Este césped está separado de los grandes jardines del hotel de la plaza de Vendôme por un muro medianero cubierto de jazmines de Virginia, de clemátidas y otras enredaderas.

Una puertecita abierta en su muro permi-

te pasar desde el gran hotel al pequeño sin que sus habitantes tengan que dar la vuelta, que sería muy larga, por las calles.

Ahora bien; el gran hotel de la plaza de Vendôme era el hotel Savignat, mientras que la casa de la calle de Saint-Honoré pertenecía al abogado señor Peyral, que ocupaba la casita situada en el fondo de los patios.

Esta puerta de comunicación fué abierta algunos años antes, de común acuerdo entre los propietarios de los dos inmuebles de la plaza de Vendôme y la calle de Saint-Honoré.

Los Savignat y los Peyral estaban ligados por lazos de inalterable amistad.

Su historia explica esta afección.

El propietario del hotel de la plaza de Vendôme, Antonio Savignat, fallecido en 1879, era hijo de un albañil de los alrededores de Pontgibaut, llegado á París, hacia el año 1847, con un equipaje de los más ligeros, del que más tarde tuvo el buen gusto de no alabarse, sin tener tampoco la debilidad de sonrojarse de él.

Era un hombre de buen sentido.

Los derribos del viejo París abrieron á su actividad y á su audacia los más anchos horizontes.

Dotado de una inteligencia y una energía poco comunes, llegó á ser en pocos años un constructor de primer orden, y pronto uno de los contratistas más importantes y más ricos de aquella época, en que tantos hubo.

Lo que este honrado auvernés había movido de mortero, de barras de hierro, de vigas, de millones de tejas y ladrillos y de yeso, era incalculable.

Las construcciones hechas por él durante esa edad de oro de la mampostería, hubiesen podido formar por sí solas un barrio populoso.

De cuando en cuando construía una casa por su cuenta, sobre sus ganancias, y eran casi siempre estas fincas de las más importantes y mejor situadas.

Tenía finísima perspicacia.

Así, al morir, gastado como una máquina que ha trabajado demasiado, dejó á su mujer y á su hija única, Elena Savignat, el hotel de la plaza de Vendôme y una fortuna tasada en veinte millones, laboriosa y honradamente ganados.

Este aldeano de genio que, salido de la nada, llegó tan alto por medio de un trabajo tan honrado como constante, se había casado, diez años después de los comienzos de su fortuna, con una de sus paisanas, Perrina Vicheu, algo parienta suya é hija de un propietario rico, como se puede ser rico en las montañas de Puy-de-Dome ó de la Creuse.

Tenía diez y seis años menos que él; pero eran de la misma raza, valientes y honrados; el uno y el otro se habían uncido al trabajo como dos bueyes de Aubrac, iguales de talla, de fuerza y de bríos.

Jamás tuvieron una riña, jamás empañó una

nube el cielo de estas buenas gentes hasta el día en que el marido, faltar ya de energía, cayó desfallecido, con la frente sobre su bufete cubierto de planos, sin exhalar una queja, pero para no levantarse más.

Este gran constructor tenía un protegido: Juan Peyral, hijo de uno de sus camaradas, que se arrinconó en su país y no hizo fortuna.

Savignat tomó bajo su protección al niño, que anunciaba felices disposiciones. Le puso en un colegio, le alojó en las buhardillas del hotel mientras seguía la carrera de Derecho, y más tarde, encargándole de sus negocios, ayudándole con consejos y dinero, enviándole clientes que le proporcionaba su oficio y dirigiéndole en la colocación de sus ganancias, hizo de él uno de los abogados más notables de París, ó al menos contribuyó poderosamente á su adelanto y á su reputación.

Algunos años antes de morir le había comprado la casa de la calle de Saint-Honoré con el hotelito por el cual se abría la puerta en el muro medianero, á fin de que los dos amigos pudieran fácilmente comunicarse.

Así existía entre la familia del albañil y el abogado un lazo más sólido que el parentesco: el de una amistad fundada de una parte en la gratitud de un gran corazón, y de la otra en una estimación y una simpatía que nada podía alterar.

En 1882, Elena Savignat llegó á los veinte años.

Su madre la creía mucho más hermosa que todas las demás jóvenes.

Las madres tienen estas debilidades.

Pero la verdad es que era tan sólo una mujer bonita.

Morena, con abundantes cabellos casi negros, tenía la nariz demasiado corta y algo remangada, por el estilo de las grisetas, una raza desaparecida. La boca, pequeña y firme, anunciaba una fuerte dosis de voluntad. El óvalo de la cara no presentaba un dibujo perfecto; la frente era estrecha, la estatura pequeña; el conjunto representaba más sólida fuerza que distinción y elegancia.

En una palabra, faltaba la distinción de raza.

La única belleza de la heredera, estaba en unos ojos muy expresivos, aunque pequeños, y muy ardientes, que inquietaban por su dureza.

En esta fisonomía plebeya y robusta se veía una especie de resolución y de energía casi viriles. El alma ruda del constructor estaba allí.

Aquella noche, Elena Savignat estaba vestida con una sencillez encantadora.

Su traje color crema, bastante abierto para dejar entrever halagüeñas perspectivas, no tenía otro mérito que el de su precioso corte, lo cual vale más que todos los adornos y pasamanerías del mundo.

Por encima de los largos guantes se veía la redondez de sus brazos torneados.

En suma, poseía esa frescura incomparable de

la primavera, y, para decirlo de una vez, los millones rodeaban á su joven y altiva cabeza de una aureola que tiene siempre indiscutible brillo.

La madre tenía á primera vista aspecto vulgar: bastaba fijarse en su cara y en el conjunto de su persona; pero si se estudiaba con atención la fisonomía de aquella mujer de talle ordinario, de cutis marchito por la atmósfera de los escritorios, ni gruesa ni delgada, de rasgos enérgicos y nariz encorvada, con los labios apretados y el pelo gris ligeramente rizado, asombraba la penetración de sus ojos grises, de una vivacidad extraordinaria.

Iba constantemente vestida de negro, sin joyas ni encajes, con una sencillez monástica.

No lucía en los dedos más que el anillo nupcial, símbolo de la unión modelo, de dos seres que se habían estimado y amado.

Nunca debió de ser guapa.

Su rostro parecía el de un viejo prelado, más amante de la disciplina que de la mujer; y, sin embargo, atraía por la expresiva y simpática cordialidad, por la familiaridad ruda y generosa de aquella criatura, que debía tener, como vulgarmente se dice, el corazón en la mano.

Por el aplomo, por la tranquila seguridad de todo su ser, revelaba serenidad, fuerza, singular energía.

Y esto era cierto.

La señora de Savignat manejaba dos fuerzas poderosas: la inteligencia y el dinero.

Había salido del palco con su hija, y se paseaba por el pasillo, mientras que el señor Peyral hablaba con un colega, Desroches, su rival y su amigo más íntimo, acompañado de su primo, gloriosa ruina de nuestro ejército, el comandante Labarre, cuando el marqués d'Avoise se soltó del brazo del conde Pablo y fué á inclinarse con toda su gracia de aristócrata delante de la viuda, que le recibió cortésmente, pero no sin frialdad, como á persona con quien no se quiere intimar.

El marqués no parecía comprender estas frialdades, demasiado visibles para que se engañase un hombre de la buena sociedad, y, volviéndose hacia Elena, le dió las gracias en los términos más ingeniosos por la honra y el placer que le había concedido bailando con él algunas vueltas de vals, la semana anterior, en casa del barón Nollet.

La mirada que le dirigió al separarse de ella era expresiva y valía un madrigal; pero pasó inadvertida para la madre, á quien se acercaba en aquel momento el abogado.

Cuando el señor de Avoise volvió á tomar el brazo del conde Pablo, fué acogido con el siguiente apóstrofe:

—¡Tunante!

—¿Por qué tunante?

—Por no decirme que estaba usted en gran predicamento con esa señorita Savignat.

—Mucho decir es eso. ¿En qué lo conoce usted?

—En ciertas señales que me indican que existe una corriente de simpatía.

—¡Ojalá! Eso pondría mi buque á flote. Pues qué, ¿no es ése el empleo que ha dado la Proviencia á las señoritas de Sharagnat?

—¡Savignat!—rectificó el conde Pablo.—No estropeemos el nombre de la futura, y créame, siga adelante, que tiene usted probabilidades. ¿Dónde la ha conocido usted?

—La he encontrado en varios sitios; en casa de los Boclier, en Biarritz, en Cannes, y últimamente en casa del barón Nollet, calle de Monceau, dos veces: ¡es el banquero de los Cadignat!

—¡Savignat!

—El barón me protege, tal vez á causa de lo que le debo, y me ha aconsejado que presente mi candidatura.

—¿Lo ha hecho usted?

—Delicadamente, plantando jalones; usted comprende que entre dos polkas, tres valeses y un co-tillón...

—No hay tiempo para decir muchas cosas.

—Las cosas que el marqués había dicho eran, sin duda, muy del agrado de la señorita de Savignat, pues durante los tres últimos actos de *Los Hugonotes* se ocupó mucho más de los dos espectadores de las butacas, que de Saint-Bris, Raul y Valentina.

Aunque las miradas que dirigía hacia ellos eran tan rápidas como furtivas, no dejaban por eso de

ser significativas; así es que el conde Pablo dijo á su amigo, á la salida del teatro, cuando la madre y la hija pasaban delante de ellos por la gran escalera:

—Mi enhorabuena: el negocio está en buen camino. ¿Talla usted una banca?

—Con mucho gusto.

Cada vez que Elena iba al teatro le veía en las butacas.

En paseo, el coche del señor de Avoise, de una corrección superior, encontraba medio de cruzarse dos ó tres veces cada tarde con el de las señoras de Savignat.

En cuanto Elena se arriesgaba á salir á caballo, lo cual la divertía mucho, un jinete, que montaba caballo de gran precio, la sonreía al paso de todas las alamedas.

No tuvo pronto más que una imagen en el corazón y un nombre en los labios: el marqués de Avoise. Pero no lo confesaba.

Hasta sus nombres, bastante pretenciosos, de Horacio y de Gaetano, sonaban en los oídos de Elena como la más deliciosa música.

Fué víctima de la persecución encarnizada que se dirigía más bien á su dote que á su persona.

Aun cuando Elena hubiese sido deforme, coja y fea, el aristocrático mancebo que antes tiró su fortuna por las ventanas de todos los *boudoirs*, sobre todos los hipódromos y en el tapete verde de todos los casinos, hubiera perseguido con el mismo ardor los millones del albañil de Pontgibaud.

Un día llegó en que las pretensiones del marqués se declararon en debida forma.

El barón Nollet fué á transmitir las á su riquísima cliente.

La madre, con profunda desesperación, tuvo que comunicarlas á su hija.

Elena no se había atrevido á decirle una sola palabra de esta misteriosa y entretenida novela.

La guardaba oculta en lo más profundo del corazón, temerosa de revelarla.

Y, sin embargo, amabatíernamente á su madre.

Las dos mujeres, solas, aisladas en medio de los goces y de las preocupaciones de su gran fortuna, se querían entrañablemente.

Pero Elena presentía la aversión de su madre por aquella boda que constituía para la muchacha dulcísima esperanza.

Perrine Bicheu era siempre, bajo otros trajes y otras formas, la aldeana que Antonio Savignat había sacado de su pueblo, seria, práctica, leal y enemiga de desórdenes, de cualquiera clase que fuesen, morales ó materiales.

Una mañana, estando sentada en el antiguo despacho del contratista, en el que nada se había cambiado desde su muerte—era un inmenso salón artesonado de maderas de una labor preciosa, y que cubría sus paredes con tapices Gobelinos,—llegó Elena á besarla como todos los días.

De pronto se puso colorada.

Su madre fijó en ella una mirada inquisitorial; y

sacudió nerviosamente un manajo de llaves colgado á su cintura.

—¿Conque quieres ser marquesa?—la dijo bruscamente.

CAPÍTULO III

Elena no contestó al pronto. Sobresaltada por esta pregunta que la cogía de improviso, volviase su color del blanco al rojo, del rojo al violeta...

La señora de Savignat se mordía los labios con aire de visible contrariedad; atrajo á su hija junto á ella, la miró un instante de hito en hito, y continuó como hablando consigo misma:

—Sí, es lo que yo pensaba... me han advertido demasiado tarde. Siéntate.

Y la indicaba un sillón próximo al bufete de su padre.

La viuda del contratista prosiguió, durante medio minuto, su ejercicio favorito en los momentos difíciles, que era jugar con el manajo de llaves, sin cesar de observar á Elena, que miraba al suelo y cambiaba de color á cada instante. Después de lo cual suspiró ruidosamente y puso en orden, sin duda para tomarse tiempo de reflexionar, algunos papeles que había sobre el *secretaire*.

Y dijo luego, dirigiéndose á su hija:

—¿Conoces á un señor que se llama el marqués Gaetano de Avoise?

—Sí—dijo tímidamente Elena.

—Entonces, eso me evita explicarte cómo es.

—¿Os habéis visto mucho este invierno?

—Pero...

—Representa treinta años, pero tiene treinta y cinco: ¿lo sabes?

—¡Qué importa!

—Ese detalle no sería un obstáculo para mi consentimiento, si la razón acompañase á los años. Tu padre y yo nos casamos con la misma diferencia de edad, sin ser por eso desgraciados; pero el señor de Avoise tiene más años que juicio. Me he informado, y sé que es más jugador que las mismas cartas.

Elena bajó la cabeza.

—Se pierde la cuenta de sus conquistas y trapisondas...

La heredera inclinó aún más la cabeza.

—Y como con estos dos defectos no hay límite, ni basta nada, resulta que se ha arruinado por completo: no le queda un céntimo. Ese es tu pretendiente.

La señora de Savignat se detuvo para estudiar en el rostro de su hija el efecto de esta revelación.

Después de un instante de examen, continuó:

—Tú comprendes muy bien que yo no puedo aprobar un matrimonio tan peligroso. Tal vez me

halague el ser la suegra de un marqués; pero yo deseo ante todo la dicha y la tranquilidad de mi hija. El señor d'Avoise es guapo, no lo niego; de agradable presencia; baila como una pluma y es buen jinete; concedido. Es además marqués, y no hay nada que censurar á su marquesado, según me asegura el bueno del señor Nollet, que tampoco le querría para yerno. Su nombre está citado veinte veces en la historia de Francia, y su blasón adorna y produce gran efecto en sus coches y muebles. Todo eso está muy bien; pero yo pongo sobre esas superficiales ventajas las cualidades serias de un hombre honrado. El señor d'Avoise me parece algo así como una casa de gran fachada, de labrada piedra, con muchos adornos y artísticos balcones, y cuyo interior estuviera ruinoso y lleno de podredumbre. Si sólo estuviese arruinado, el mal tendría remedio... tal vez; pero lo está por su culpa. Jugador y... libertino... he aquí la palabra. ¡Tanto peor! Es demasiado, y esos defectos, ó más bien esos vicios, cuando se tienen á la edad del señor d'Avoise, no se curan; se muere uno con ellos dentro del cuerpo; acaban por ahogar.

La señora de Savignat hizo una nueva pausa, pero fué motivada por un hecho que la intrigó.

Elena no levantaba la cabeza ni se podían ver sus ojos; pero lo que sí se distinguía perfectamente eran dos lágrimas que rodaban por la fina lana de su traje de mañana.

La madre acercó su butaca á la de su hija, levantó la cabeza de Elena y vió sus ojos enrojecidos.

—¿Qué es esto? —dijo. — ¡Lloras! ¿Le amas acaso?

Elena cerró los ojos.

—Vamos á ver—replicó la madre.—Eso es imposible; apenas le conoces. No es en un baile donde se puede conocer y juzgar á un hombre en algunos minutos. ¿Sabes que sería una desgracia? Acaso la mayor que pudiéramos sufrir. Dime, por Dios, que me equivoco.

—No.

—Así, pues, ¿le amas?

—Sí.

—¿Por qué no me lo confesabas?

—Porque sabía que me dirías lo que acabo de oír.

—¿Y nada te detiene?

—Escucha, madre—dijo Elena apoyando las manos sobre las rodillas de la señora de Savignat.—Me he hecho toda clase de reflexiones acerca de este matrimonio; he procurado convencerme, y no puedo. Desde el día en que le vi, pensé que nadie más que él sería mi marido, el día que quisiera pretenderme. Hemos hablado pocas veces, pero siempre me ha hecho la confesión de sus faltas con conmovedora sinceridad. «He sido jugador—me decía,—pero juro á usted renunciar á esa insensata distracción. Me he divertido con el frenesí de la ju-

ventud, pero juro no amar más que á usted. Estoy arruinado, pero prometo ser prudente y arreglado en el porvenir. He pagado muy cara mi experiencia y quiero aprovecharla.

—¿Y tú le crees?—preguntó la señora de Savignat profundamente alterada.

—Sí—respondió Elena con voz grave;—sí, le creo, porque le amo.

Pronunció estas palabras con tal emoción, que su madre pudo comprender toda la extensión de la desgracia. Era irremediable.

—Eramos demasiado felices juntas—murmuraba,—y debía sobrevenir un desastre: ya está ahí.

Trató en vano de convencer á Elena de los peligros de semejante matrimonio, aun comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.

—Reflexiona al menos algunos meses—la dijo.

—¿Para qué?

—Viajaremos, para distraerte, por donde quieras: iremos á Italia.

—Su imagen me seguirá por todas partes.

Y respondía á todas las objeciones de aquella pobre mujer con este solo argumento:

—Le amo.

Por lo demás, habló á su madre con el más cariñoso respeto, repitiendo sin cesar:

—Nunca me casaré contra tu voluntad, eso nunca; pero el señor de Avoise será mi marido ó no me casaré jamás.

La señora de Savignat, desesperada, no cedía, sin embargo, tan pronto; se resistió cuanto pudo, pero teniendo, bien á su pesar, que aceptar la prueba.

El cariño apasionado que profesaba á su hija venció por fin su resistencia.

Elena, á quien aniquilaba la lucha, languidecía, enfermaba, y esto decidió la victoria de su amante, que fué autorizado para presentarse en el hotel de la plaza de Vendôme, y más se ocupó, durante las pocas semanas que precedieron al matrimonio, de conquistar el corazón de la madre que de ganar el de la hija, que ya era suyo.

Lo consiguió, y fué esto el triunfo de su habilidad y de su astucia, que empleaba á las mil maravillas.

Nunca se esforzó como en esta ocasión, él, que era un D. Juan, para lograr la conquista de aquella suegra, más inexpugnable que una plaza atrincherada, con toda clase de reductos y defensas.

Se dejó vencer al fin y capituló, sin renunciar por eso á rodearse de precauciones para el porvenir.

Y entonces se condujo con esplendidez.

Pagó todas las deudas de su yerno, que importaban un millón, desempeñando su castillo de Avoise, cuya propiedad y renta tuvo la delicadeza de dejarle.

La fortuna de Elena ascendía á cinco millones

por herencia de su padre, el cual, seguro de su mujer y del cariño que ésta profesaba á su hija única, había legado á su viuda todo lo que la ley le permitía.

La señora de Savignat dió á Elena, por su parte de herencia, las mejores fincas; aquellas cuyo interés era mayor y más seguro; pero tomó, como era su deber, las prudentes medidas que su experiencia y su espíritu práctico le sugerían.

Fué secundada en esta obra por su buen amigo el señor Peyral, que, al redactar el contrato, sujetó al marido con las fuertes cadenas del régimen dotal, haciendo méritos y adquiriendo derechos para que le odiase el marqués, aunque secretamente.

El abogado tenía demasiado buen sentido para ver con gusto un enlace cuyas consecuencias debían ser desastrosas. Por desgracia, sólo podía salvar la fortuna de la que, con razón, consideraba como su pupila.

El marqués firmó, no sin cólera, el contrato, cuyas desconfianzas no podían, sin embargo, estar más justificadas; pero carecía de recursos, y aquel matrimonio le ofrecía una salvación inesperada.

Con un poco de juicio, hubiera podido gozar de existencia tranquila entre aquellas dos mujeres de espíritu generoso y dispuestas á todo para asegurarle una vida conforme con su rango.

En 1882, al salir de la iglesia, cuando terminó la ceremonia, poseía su propiedad de Avoise y

los quince ó veinte millones de los Savignat, en presente ó en porvenir; sus deudas estaban pagadas, y la hoja del debe, blanca como la nieve, gracias á las liberalidades de su suegra.

Elena, ruborosa y complacida, pertenecía en cuerpo y bienes al marido que la había ganado tan fácilmente, y que podía conservarla por siempre con algunas atenciones y fáciles complacencias.

La señora de Savignat quiso halagar el orgullo de su yerno, é hizo las cosas espléndidamente.

Dió el segundo piso de su hotel á su hija, que nunca hubiera consentido en separarse de ella; puso la casa con regia magnificencia, y se prestó gustosa á todos los caprichos, por medio de los cuales Elena trató de cautivar y retener á su marido.

Las ilusiones de las dos pobres mujeres debían, sin embargo, ser cortas. Después de seis meses de vacilación, el señor de Avoise volvió poco á poco á sus antiguas costumbres, con gran placer del conde Pablo.

Guardando, en la forma, toda clase de respetos á su mujer y á su suegra, pasaba el tiempo entre los círculos donde se jugaba, sus amistades de soltero y las carreras de caballos, donde hacía apuestas enormes con varia fortuna.

Á cada momento inventaba nuevos é ingeniosos pretextos, para estar el menos tiempo posible en el hotel de la plaza de Vendôme, y los rumores más alarmantes, aun para los espíritus menos asustadizos, corrían acerca de su conducta.

Elena, por más que quiso dudar durante algún tiempo, comprendió que nunca le había pertenecido el corazón de su marido, y encerróse en absoluta soledad, que con nadie compartía.

Con un valor y una dignidad, que su marido hubiese debido agradecer, fingía tranquilidad delante de los íntimos de su casa. Ni aun su madre logró arrancarle confianzas; pero Elena no podía disimular á sus ojos de Argos las tristezas de aquel abandono.

La madre, sin intervenir en las intimidades del matrimonio, seguía paso á paso las fases del drama, tascando el freno con rabia.

Diez y ocho meses después de su matrimonio, y cuando Elena comprendió cuán grande había sido su error, cayó enferma de pena y estuvo á las puertas de la muerte.

Los médicos ordenaron que fuese á un clima cálido, y su madre la llevó á Argel, en donde el marqués se reunió con ellas.

Ocurrió esto durante el invierno de 1884.

Los cuidados asiduos de su madre, y algunas atenciones del marqués, devolvieron á Elena la salud. La crisis más grave había pasado.

Cuando volvieron todos á París, encontraron á su amigo Peyral casado; y por cierto que su matrimonio fué muy original.

Su mujer era una joven, inquilina suya, que vivía en las buhardillas de la casa situada en la calle de Saint-Honoré.

Esta muchacha no tenía más patrimonio que su hermosura, y, sin embargo, los habitantes del hotel Peyral parecían tan felices como eran desdichados los de la plaza de Vendôme.

El matrimonio se había celebrado sin ninguna pompa, asistiendo solamente á él dos amigos íntimos del abogado: el señor Desroches y el comandante Labarre.

Después del viaje á Argel, la marquesa seguía sufriendo los mismos dolores y las mismas inquietudes; pero había resistido el golpe, y la naturaleza, fuerte y ruda, de Elena se había sobrepujado, acostumbrándose al sufrimiento y fortalecida por el cariño, dulce, y enérgico á la vez de su madre.

Las dos mujeres, heridas en el corazón y mortificadas en su orgullo y en sus intereses, se sostenían mutuamente.

Se comprendían con una sola mirada, sin necesidad de hablar; se consolaban con la amistad del señor Peyral, que iba casi todas las noches por la puertecita del jardín á distraerlas, llenando la triste casa de la más franca alegría que iluminaba su rostro varonil.

El volcán dormía, sin estallar, en el hotel de la plaza de Vendôme.

Este estado de cosas debía prolongarse hasta la primavera siguiente, que fué cuando se desarrolló el drama, breve y extraño, que vamos á narrar.

CAPÍTULO IV

El 25 de Abril de 1887 se daba una gran fiesta en el hotel de Savignat.

A las dos de la mañana, los amplios salones del primer piso resplandecían de luces, y el baile estaba en su apogeo.

Si la expresión no fuese ya legendaria, diríamos que se bailaba sobre un volcán, pero sobre un volcán privado, un volcán de familia.

En el matrimonio Avoise estaba la cuerda tan tirante, que amenazaba romperse.

Para evitar que esto sucediera, eran precisas toda la paciencia y la dignidad de la joven marquesa, y toda la prudencia y presencia de ánimo del señor Peyral, que retenía y moderaba la legítima indignación de su antigua amiga la señora de Savignat.

Se bailaba, sin embargo, sin preocuparse de la mina que podía hacer saltar el salón.

Los sonidos de la orquesta llegaban á él dulcemente, y la luz suave se tamizaba por las corti-

nas de brocatel y de terciopelo y por los transparentes de encaje.

El público estaba muy mezclado.

Al lado de ilustres nombres de aristócratas de raza, como el barón de Tayllerande, ó el conde de Fresnes y algunos otros amigos del marqués de Avoise, anunciaban los criados á personas vulgares, sin pizca de nobleza, antiguos empleados de Savignat, enriquecidos en los negocios, y algunas celebridades de la alta banca, entre ellos el barón Luis Nollet y su esposa, una rubia seductora, muy poseída de su belleza.

En el gran salón estaba el señor Peyral, de pie, delante de la chimenea, hablando alegremente, pero sin lograr que la dueña de la casa abandona rasu mal humor, que en vano procuraba disimular.

—¡Qué suerte ha tenido usted!—le dijo con acento de amargura y casi de envidia, en un momento en que los amigos íntimos que les rodeaban se apartaron, señalando á una señora joven y graciosa, que pasaba acompañada por el barón de Tayllerande.

El rostro del abogado se iluminó, y una sonrisa de placer se dibujó en sus labios.

—Es verdad—dijo.—Tres años de felicidad completa. No creía que eso fuera posible, pero me he convencido de lo contrario.

—Matilde es la reina del baile: es tan buena como hermosa. Pero mejor me parecería que se hubiera usted casado con otra...

—¿Con quién?

—Con Elena: era mi sueño dorado.

El abogado trató de variar la conversación.

—Parece más tranquila desde hace algún tiempo—dijo.

—Es una tranquilidad fingida; es la calma del desaliento. Su porvenir está perdido; ya no puede ser feliz. Mi yerno es feroz.

—¡Oh, terrible!—dijo el abogado sonriendo.

—La palabra no es muy fuerte, créalo usted. Hubiese preferido, se lo aseguro á usted, un hombre violento, colérico, pero bueno en el fondo, y ligero: no pido perfecciones; aunque cometiera locuras se las perdonaría, si procurara borrarlas con su cariño. Pero ese hombre frío, de una terquedad invencible, altanera y desdeñosa, aunque cortés en la forma, que se burla de todo y que no cree en nada, me espanta; no sé verdaderamente adónde vamos á parar ni cómo acabará esta aventura.

El señor Peyral se mordió los labios y no contestó.

—¡Qué música tan bonita!—dijo al cabo de un instante.—¿Sabe usted lo que es?

—Confieso mi ignorancia. Creo que es un vals; pero en nuestras montañas de Auvernia no sabemos bailar. Somos poco sociables, amigo Juan, y ojalá que Elena se hubiera casado con quien no lo fuese tanto y la quisiera más.

Era, en efecto, un vals vienés lo que la orques-

ta tocaba con bríos de Tzigano. Los últimos compases vibraron y se extinguieron, y la conversación quedó interrumpida por una irrupción de parejas que volvían al salón.

El barón de Tayllerande apareció llevando del brazo á una señora de admirable hermosura, delante de la cual se inclinó con su más graciosa sonrisa, después de haberla instalado en una butaca muy cerca del ama de la casa.

Fijándose en ella, se hubiera podido descubrir en aquella sonrisa cierta familiaridad amistosa, que revelaba á las claras el mutuo conocimiento de secretos ignorados por los demás, el recuerdo de algún misterioso encuentro. Hay sonrisas elocuentes.

La del barón hizo asomar á las mejillas de la joven un rubor pasajero que desapareció en seguida.

La bella pareja del barón de Tayllerande podría tener veintisiete á veintiocho años.

Es difícil soñar una criatura más simpática, más casta y apetitosa al mismo tiempo que aquella morena de cutis mate con cálidos reflejos, de busto firme y enérgico, de talle delgado y flexible, esbelto y arrogante á la vez.

La hermoseaba aún más su vestido de seda gris, sencillo y ligero, cuyas hechuras revelaban á un verdadero artista.

Este traje, muy descotado, dejaba ver un cuello, un busto y unos brazos de estatua.

Era realmente la esplendidez de la mujer en su apogeo, con el realce que le da la elegancia de París, como la última pincelada, el supremo retoque de un maestro á su obra.

Sus cabellos castaños, muy oscuros; sus admirables cejas, arqueadas sobre dos ojos de terciopelo, hacían resaltar, por el contraste de los colores, el esplendor de su cutis y de sus labios rojos sin el menor artificio.

Todo estaba cuidado en ella, hasta los menores detalles de su persona y de su tocado.

Era la señora de Peyral, la cual llamó á su marido y le dijo en voz baja:

—¿Vámonos?

El abogado le señaló con una mirada á la señora de Savignat, y, aunque no habló, sus ojos dijeron con más elocuencia que con la frase misma:

«Vamos á dar un mal rato á esa pobre mujer».

—La señora de Peyral lo comprendió; pero tenía sin duda poderosas razones para retirarse, porque añadió, apretando con disimulo la mano de su marido:

—Te lo ruego.

Colocado entre su amistad y su amor, el señor Peyral vaciló un instante.

Durante este momento, un joven alto se acercó á ella rápidamente y le dijo:

—¿Me concede usted el próximo vals?

—Lo he rehusado ya á otros—contestó ella,—y no puedo concedérselo á usted.

—¡Bah!

—Además nos vamos.

—¿Ya?

—Mi marido puede decírselo á usted.

—El señor de Peyral no es un tirano y nos concederá unos instantes de prórroga: ¿está convenido?

—Puesto que es preciso...—dijo ella resignándose.

—¡Oh, la frase no es muy cortés! Vamos á ver... se lo ruego á usted.

—Sea.

—Hasta luego.

El abogado se acercó de nuevo á la chimenea.

Casi se alegraba de aquella intervención, que le permitía detenerse un poco más: no era que el baile tuviese grandes atractivos para él; pero comprendía que su presencia causaba una verdadera satisfacción á su antigua amiga y no se atrevía á privarla de ella.

Además, gozaba con los triunfos de su mujer, sobre la cual tenía constantemente fijos los ojos, con un placer que todos los enamorados de su edad y de sus condiciones han sentido.

Aunque hemos dicho que el pretendiente al vals era un joven, hay que distinguir.

Visto á distancia, representaba veinticinco años. De cerca, por las arrugas que rodeaban sus ojos y por cierta fatiga que podía notarse en sus facciones, se comprendía que debía tener lo menos treinta y cinco. Pero conservaba una distinción, una viveza de movimientos y una gracia en

sus maneras, más escasa en la buena sociedad de lo que se supone en general.

Se había expresado con una libertad que la amistad de los Peyral con los dueños del hotel Savignat podía explicar, pero en la cual se podía notar algo parecido á la familiaridad cortés del barón Tayllerande; y esta vez era el marqués Gaetano de Avoise quien hablaba.

Por lo demás, estos matices eran tan imperceptibles, que hubiera sido preciso el ojo de un observador para descubrirlos.

La joven esperó, no sin algunas señales de impaciencia, la vuelta de vals que había prometido, y cuando los violines empezaron el preludio del «Bello Danubio azul» se levantó, adelantándose hacia el marqués, que venía á buscarla, y se perdieron en el torbellino de parejas.

El reloj del gran salón marcaba las tres, cuando la señora de Peyral volvía al lado del abogado.

Esta vez no se sentó.

Cogió del brazo á su marido, é inclinándose delante de la señora de Savignat, le dijo con dulce voz:

—Ruego á usted que me permita retirarme.

—¡Vamos á ver, Matilde, un poco de ánimo! ¿Qué vamos á hacer sin usted?

—Estoy muy cansada.

—¿A su edad?

—Se lo aseguro á usted.

—Vayan ustedes, pues, á dormir, felices tortolitos.

La anciana señora dió un beso en la frente á la joven; el señor Peyral estrechó entre las suyas las manos de su amiga, besó como á una niña á la marquesa, que se acercó á él, y la pareja desapareció sin ruido á través de los salones, donde la fiesta estaba en su apogeo.

Un cuarto de hora después, un convidado que podría tener cuarenta años, bajito, delgado, raquítico y anguloso, enteramente afeitado como un cura y rígido dentro de su frac negro, fué, llevando del brazo á una joven, á saludar á la señora de Savignat, que le dijo con su cordialidad acostumbrada:

—¿Se va usted, barón?

—Con gran sentimiento. ¡Qué hermosa fiesta!

—¿Se ha divertido usted, señora?

—Mucho.

La baronesa de Nollet, como hemos dicho, no se parecía en nada al hombrecillo que la acompañaba. Era una rubia alta y hermosa, de seno exuberante, cutis hermoso y ojos azules como turquesas.

Al retirarse, del brazo de su marido, se cruzó con el marqués, á quien lanzó una mirada terrible, en la cual había cólera olímpica, despecho, orgullo lastimado y como el resentimiento de una injuria recibida.

El marqués sonrió, y el barón y la baronesa pasaron; pero en el momento en que ésta se ponía un elegante abrigo, azul como sus ojos de rubia;

mientras su marido esperaba, empezando á bajar la escalera monumental del hotel, sintió que le tocaban la mano, y se volvió con naturalidad.

Era el marqués.

La había seguido sin dejar de sonreír.

La baronesa se estremeció como si hubiese recibido una descarga eléctrica, y ocultó rápidamente en uno de sus guantes un billete doblado que el marqués acababa de darle.

—¿Vienes, Blanca?—dijo el barón.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

30578